

EL SALARIO SIN PATRIA



La llegada a Baziers, después de dos días y dos noches en inhóspitos trenes de madera. Cada patrón aguardará a su «colla» o habrá que seguir viaje en autobuses hasta el interior del Midi. Ahora vendrán quince días de un trabajo extenuante, de sol a sol, al margen del bullicio de las ciudades del mediodía.

80.000 ESPAÑOLES EN LA VENDIMIA DEL "MIDI"

¿Cuántos son? Entre el Garona y el Ródano, sobre el histórico solar del Languedoc, se dispersan millares de trabajadores españoles, imponiendo la curva de su espalda sobre un paisaje que amarillea a la luz difusa de un otoño ya plenamente establecido. Es el mes "Vendimiario" del calendario jacobino y del almanaque a que obedecen, por forzosa fidelidad a la Naturaleza, los campesinos del Midi. Ha sonado la hora de esa fiesta con resonancias paganas, pero vaciada ya **SIGUE**

por **EDUARDO G. RICO**



EL SALARIO SIN PATRIA

de su ancestral contenido mágico: hoy es una fiesta dramática, envuelta en un patetismo que no por diluido o redondeado por la belleza mediterránea o la alegría de la canción pierde su realidad. Vino amargo el del Herault, el de Perpignan, el de Nimes... ¿Cuántos murcianos, cuántos almerienses, cuántos valencianos, integran esta larga marcha de septiembre sobre la tierra plana del Mediodía? Las «colles», las cuadrillas —ellos dicen en su «franspagnol» improvisado «collas»— se inclinan sobre los viñedos para tomar su fruto a un ritmo tal que pueda ganarse la batalla del tiempo a la amenazante lluvia del primer otoño que destruiría la cosecha. No es más duro el oficio que en otras latitudes: no es éste el drama. La amargura reside en el destierro periódico, sometido al compás del orden natural, canalizado a través de trenes sin horario, remansado en las esperas interminables sobre el frío anden de estaciones provincianas, burocráticamente mecanizado, o acogido a una clandestinidad abocada a la aventura o a la frustración. La amargura nace de la explotación incontrolada, de la cerrada frontera del idioma, de la desintegración social, del signo adverso de un ambiente hostil... Vino amargo el cosechado con brazos españoles.

Cuentan que en el siglo XVII la emigración temporera se orientaba en sentido inverso: los obreros franceses descendían Cataluña abajo hacia el vendimiario octubre de nuestro Mediodía. El proceso industrializador, institucionalizado social y políticamente por la revolución del 89, los condujo en los límites nacionales. Su absorción fue, andando los años, tan radical, que sus plazas del Midi quedaron vacías. Fue cuando bajaron los «montagnards» hacia el Mediterráneo. Pero hoy hasta los «montagnards» han encontrado sitio en el Norte fabril.

Es el tiempo del trabajador español. Los relojes de la «banlieu» de París, de Lieja y de Hannover marcan su hora. También los de Montpellier y los de Beziers; los de Carcassonne y los de Sète. Hay gentes entre nosotros para las cuales la diáspora laboral constituye más que un motivo de satisfacción: es algo así como un factor de prestigio o de «Public Relations». ¿Pensarían de este modo si alguna vez hubieran contemplado ciertas escenas, si hubieran sido testigos de ciertas situaciones? Ante este obrero que duerme sobre sus maletas de cartón en el vestíbulo bullicioso de la estación de Nimes, ante estos niños de tres o cuatro años que lloran a gritos en la estación de Narbone, mientras aguardan a un tren irregular que llegará de madrugada, ante aquellas muchachas que bailan juntas en la tarde dominical de Wagram o del «Emigrante», de Bruselas, es difícil emitir un juicio semejante si la sensibilidad y el patriotismo no se han deteriorado o perdido. Esto no es hacer demagogia. Alguien ha dicho que en ocasiones la demagogia está en los hechos.

«Será necesario que durante estos días valoremos nuestra dignidad obrera, nuestro cansancio, nuestro sufrimiento, tener que salir de casa... No volvamos a repetirnos, cuando algo nos duele: Esto tendrá que ser así...»

(De "Nuestro Hogar", boletín del Hogar Español en Beziers).

EL PADRE JIMENEZ ¿NO ESTA?. María Pilar cree que llegará al «Hogar» al mediodía, seguramente a las dos y cuarto. El «Hogar español» de Beziers se halla instalado en un casa modesta de esta villa pequeña y silenciosa. «Le Foyer des Espagnols», 16, rue de la Rotonde,



La «colla» de la «masia du Pujol» parte para el trabajo. Ellas, las muchachas, no han cumplido todavía los veinte años. Trabajan, habitualmente, en las cercanías de Murcia, en las fábricas de conservas o en las cosechas.



una calle empinada que sube desde la estación y que constituye un camino obligado, desde hace años, para centenares de compatriotas, alberga a los obreros que han pactado su contrato con un patrón perezoso o despectivo, que no ha acudido a recibirles; también a los que han pasado la frontera como turistas, un poco a la ventura, y se inscriben en el todavía largo censo de la emigración no formalizada. En el «Hogar español» hay como una sala de espera, donde no se sabe muy bien qué es lo que aguarda esta anciana de ceño fruncido y severa indumentaria castellana; donde corretcan unos niños, y hay una partida de cartas, y una fila de camas metálicas con sábanas colchonetas, y un tablón de anuncios con indicaciones gráficas para analfabetos de las llegadas y salidas de los trenes; donde cuelgan de las paredes rudimentarias estampas católico-españolas. María Pilar va y viene, sube y baja, y atiende al teléfono, y saluda, y promete.

Y ya está aquí el padre Jiménez, que es un hombre muy seguro de sí mismo, o lo parece. Que tiene prisa, porque esta tarde hay toros en Beziers y él es el capellán de la plaza (o le gusta la Fiesta, no lo sé muy bien). Que quiere hablar, y no quiere, pura paradoja hispano-francesa, Vital, enérgico, mantiene con firmeza sus posiciones, imperturbable a las solicitudes y a los argumentos, parapetado detrás de su pipa.

—Yo le cuento a usted lo que pasa más abajo de los Pirineos; lo de aquí es cosa que les interesa a los franceses solamente. Su labor puede ser útil si refleja los problemas de allí; los de aquí deben airearlos los periodistas franceses.

Insisto. A mí me preocupa conocer y describir la condición del obrero español allí y aquí; es más, aquí sobre todo. ¿No le gusta mi programa al padre Jiménez?

—Mire usted; yo sé que usted quiere que le hable de las cuadras-dormitorios, de los lechos de paja, de los patronos que contratan la mano de obra clandestina en las estaciones como en un mercado, midiendo la musculatura, calculando la resistencia física del obrero español. Pero esto es cosa nuestra, que debemos arreglar aquí y ya hacemos lo posible. Yo quiero que usted relate otras cosas. Que hable de la anomalía de los viajes, de la desorganización de la llegada a Figueras, donde hace falta, escúchelo bien, una especie de albergue en que se pueda descansar cuando se ha pasado en un vagón de madera dos días y dos noches, a veces sin lugar para sentarse, en el tedioso clima que producen las horas de espera en una vía muerta, porque todos los trenes tienen prisa, menos los repletos de vendimiadores. Que muestre la necesidad de que el reconocimiento médico del trabajador se realice en su pueblo y no en la frontera, para evitar a los enfermos el viaje de ida, y sobre todo el de regreso, que ellos deben pagar.

—Todo esto allá; ¿y aquí?

—Aquí, ya se lo he dicho, se plantean cuestiones diferentes que son de la incumbencia de las gentes de este lado. ¿De qué sirve que hablemos de ellas? Buscamos incansablemente los remedios. Ya hemos conseguido que no haya promiscuidad entre los sexos, que se observen las normas morales más elementales. ¿Qué quiere que le diga?

No, no es generoso en la palabra el padre Jiménez. (¿Podríamos fotografiar el «hogar»? Pregunta obvia, porque mi compañero es un buen profesional. El padre Jiménez: ¿Y para qué? ¿Qué ganarían con ello?). El padre Jiménez tiene prisa. Hay toros en Beziers. Y se va, con otros clérigos, en su «2 caballos» renqueante, camino de la plaza.



En el interior del «Hogar Español» de Beziers se alinean las camas metálicas para los vendimiadores.



Unas imágenes conocidas: el baile dominical, tal vez mujer con mujer, como en Wagram, como en «El Emigrante». En el Centro Español de Montpellier, la presencia del niño parece definir el ambiente.



SIETE MIL OBREROS ESPAÑOLES LLEGARON AL «MIDI» el primero de septiembre. Doce mil entraron el 5 de **SIGUE**

EL SALARIO SIN PATRIA

tiembre, catorce mil el 10, diez mil el 15... ¿Cuántos hay en total en el Languedoc? La estadística es imposible. Puede acudirse a la llamada «Mano de Obra» francesa, una especie de Delegación de Trabajo. Darán, quizá, la cifra de setenta y tantos mil. Tampoco será válida. ¿Quién controla la emigración llamada, impropriadamente, clandestina?

—Poco a poco se ha ido regulando la entrada —me dice el cónsul español en Montpellier, un joven diplomático vasco, don Jaime de Abrisqueta—. Yo creo que ya se acabaron los famosos "trenes a Lourdes", que con la disculpa de la peregrinación al santuario transportaban millares de vendimiadores. Algunos siguen viniendo como "turistas". Desde hace un año procuramos estar presentes en la arribada de cada expedición. Siempre hay alguien del consulado para orientar a los que llegan. (El padre Jiménez, enemigo cordial del cónsul, me había dicho: «Un día tropecé con Abrisqueta en el andén de Beziers. Ya era hora al cabo de siete años de que viésemos aquí a un cónsul español —le comenté—. Hasta el momento sólo he visto sotanas»). Pero yo no puedo resolverlo todo; hay mucho que hacer.

Abrisqueta me informa del proceso de contratación de obreros españoles, que pasa a través del «Office National de Emigration» francés y del español Instituto Nacional de Emigración. Tal es la canalización oficial.

Todo indica que la labor que viene realizando el cónsul español es personal, impuesta por un temperamento fogoso.

—En Beziers trabajan trece mil españoles; nueve mil en Narbona; siete mil en Lesignan; más de cuatro mil en Montpellier; igual cantidad en Carcasona; más de tres mil en Perpignan... y así hasta ochenta mil. Me refiero, naturalmente, a los temporeros, a los vendimiadores. No puede figurarse usted el número de problemas que esta cifra plantea. Prácticamente, se está empezando ahora a considerarlos. Los Sindicatos de aquí, especialmente la central francesa más potente, comienzan a preocuparse por ellos y les han dirigido varios llamamientos. Algunos obreros franceses los miran con recelo: es que estabilizan el mercado del trabajo. Y luego los patronos... La propiedad está muy dividida y predomina el agricultor pequeño. El precio del vino es bajo y los medios de cultivo, en consecuencia, escasos y primitivos. El trato, en general, no es bueno. Hecho curioso, sin embargo: el mejor comportamiento corresponde a los pequeños propietarios. Los grandes, los que contratan hasta cien trabajadores, se desprecupan de las condiciones de existencia de su personal. Hasta hace muy poco tiempo trabajaban los niños de menos de catorce años. Ahora existe una ley muy rígida que lo prohíbe. Podría contarle a usted casos escalofriantes: obreros que duermen en las cuadras, sobre paja sin cubrir. Todo esto tendría que saberse en España.

EL CENTRO ESPAÑOL DE MONTPELLIER comienza a funcionar ahora. Ocupa un edificio cercano al puente que salva el ferrocarril, a pocos metros de la estación. Cuenta con una amplia sala donde en la tarde del sábado y en la del domingo se celebran bailes, y por la noche se improvisan camas para los vendimiadores. En esta ciudad, cien por cien universitaria, vanguardista en las costumbres juveniles —manda en la



La faena de la vendimia es agotadora. Hay que mantener un ritmo acelerado para ganar la batalla al mal





tiempo del primer otoño que puede destruir la cosecha.



calle la minifalda—, la colonia española es numerosa. ¿Cuántas chicas españolas ofician de «femme de ménage» o de criada pura y simple? Unos me han dicho que setecientas, otros, varios millares. Los domingos de Montpellier son domingos españoles.

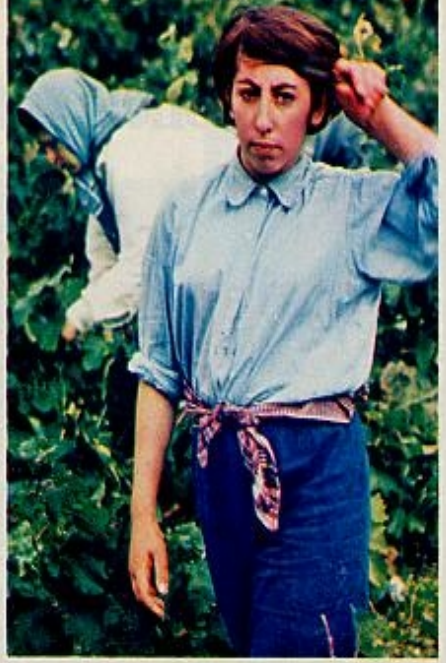
He aquí, en el Centro Español, unas caras conocidas. Son los mismos perfiles, el mismo aire entre tímido y repentinamente audaz, la misma palabra pronta que cubre una reserva profunda, de las muchachas que bailan en la «salle Wagram», en el mismo corazón del París-bien; de las muchachas que pasean por la avenida Fonsny de Bruselas en su día libre; de las «conchitas» contra las que manifiestan prevención —sin duda por su temperamental y tantas veces justa rebeldía— ciertos anuncios de la sección por palabras de algún periódico europeo. Es el rostro femenino del fenómeno emigratorio. Ellas buscan aquí, entre sorbos de naranjada y pasodobles, una relación con el mundo familiar abandonado. La encuentran generalmente en la charla o el vínculo amoroso con el «permanente», el trabajador afinado más o menos definitivamente en el Mediodía. También con el que arriba todos los años cuando las uvas alcanzan la sazón. Desde la mínima barra servida por otro español, Emilio Fernández Vitini, uno puede contemplar, en este desapacible sábado de octubre, la misma estampa, entre tierna y patética, que ha visto repetida en el Bucí de París, en el Sella o el Jovellanos de Bruselas, o en cualquiera de los cincuenta bares españoles de Lieja, de Hannover o de Burdeos.

ANTONIO GONZALEZ RAMIREZ, QUE ES DE MURCIA, consume con filosofía un vaso del buen vino tinto que tal vez hace dos años pasó, frutalmente encarnado, por sus manos. Es veterano Antonio en el manejo de la mini-hoz a través de la «campana» francesa. Ha vivido los peores años, habitante de trenes sin hora, «turista» por pasaporte y por necesidad, de Perpignan a Nimes, Languedoc arriba. Algún día tuvo que hacer su camino pasando por Lourdes. Algún día hubo disgustos que sufrir y muchas privaciones que padecer. Algún día se vio, también, en la cola de la frontera, aguantando a pie firme la lluvia, mañana, tarde y noche, para no perder su turno.

—Y en Beziers, adonde uno llegaba como podía, recuerdo muy bien aquella escena. Había un centenar de compañeros esperando. De vez en cuando llegaba un «patrón» en su coche y paseaba entre nosotros, de pie delante de la estación, para elegir a los de mejor facha. Los más corpulentos tenían suerte. Se llevaba a cinco o seis, señalados «a dedo», y los demás a seguir a la espera. Si había fortuna y uno conseguía un contrato —es un decir—, había que disponerse a trabajar de sol a sol a cambio del dinero que él decidía, a dormir sobre el santo suelo y a aguantarlo todo, todo...

Antonio González Ramírez busca con los ojos una novia española entre la concurrencia femenina del centro, aunque sea ocasional. A las francesas las ve desde lejos, en la calle, totalmente fuera de su trayectoria vital; pasan con sus libros bajo el brazo por las antiguas calles de Montpellier, envueltas por su mundo, un mundo que no ha sido hecho para Antonio pero que él sostiene, año tras año, con sus brazos y cuya riqueza crea. Antonio viene aquí a charlar en su lengua, aunque esté salpicada de barbarismos: los «petitos» —los niños—, «debrullarse» —salir de un mal paso—, el «mason» —el albañil—. Viene a acercarse un poco al pueblo español.

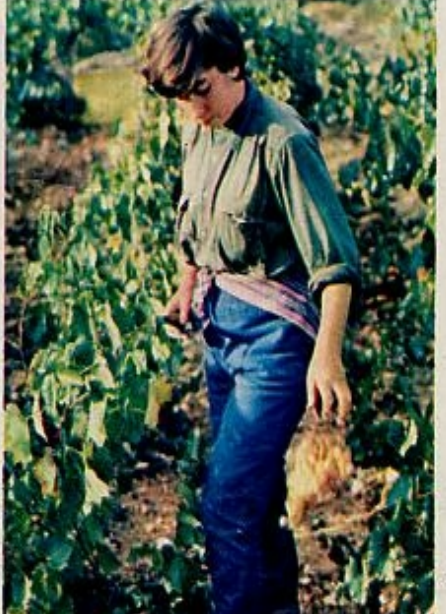
SIGUE



Las muchachas murcianas, habituadas al trabajo desde hace años, manejan con destreza el hocete.



Las cortadoras ganan 2,64 francos por hora (treinta pesetas) y dos litros de vino al día; los portadores, 3,30 francos y tres litros por jornada.



Dos razones sencillas para hacer cine este otoño.



Esta.



Y ésta.

La primera razón, su familia. La segunda es la nueva cinecámara Kodak Instamatic.

Su familia ya habrá hecho que en muchos momentos Vd. haya pensado: "Me gustaría tener una cámara de cine". La nueva cinecámara Kodak Instamatic es la respuesta a su deseo.

Aunque Vd. nunca haya manejado una cámara de cine, podrá dominar una Kodak Instamatic en dos minutos.

Kodak ha suprimido todas las complicaciones técnicas del cine, creando un sistema completamente nuevo. Nuevas cámaras, nuevos proyectores y hasta un tipo de película notablemente nueva llamada Super 8. Kodak ha conseguido que

filmar sea hoy más fácil que nunca. Y mucho mejor.

Podríamos entrar en detalles técnicos acerca de cómo el sistema Instamatic ha simplificado el cine amateur, y por qué éste ha mejorado visiblemente, pero en atención a la sencillez no lo haremos. Únicamente le diremos cómo se carga una cámara de cine Kodak Instamatic. Abra la cámara, coloque un cargador de película Super 8. Cierre la cámara y... filme! Un niño podría hacerlo. De hecho, muchos lo hacen. Vd. sólo tiene que preocuparse de escoger el motivo de su película. Si le gusta la idea, decídase. Y no piense que esto es sólo para millonarios. Hay cámaras de cine Kodak Instamatic desde 3.999 Ptas.

y proyectores desde 4.999 Ptas. En una palabra, si Vd. ha pensado, aunque sea remotamente, hacer cine este verano, visite a su proveedor Kodak y vea el nuevo equipo Kodak Instamatic de cine. Será una revelación si lo hace.

Hágalo. ¡Y cuanto antes mejor!



Kodak Instamatic... hace maravillosamente fácil hacer cine.



Beziers: la vendimia de 1966 ha terminado. Ha llegado la hora del regreso, «en trenes en los que somos apretujados como mercancía», según el boletín del «Mogor». En primer término, el padre Jiménez, para el que la mejor virtud del vendimiador es su buen humor, mantenido por encima de tantas penalidades e injusticias.

—Ahora vivimos algo mejor ¿sabe usted? Hay unas leyes y un respeto. Hay contratos serios. Pero sigue habiendo paja en muchos sitios para dormir sobre ella, y uno ahorra poco, sólo unas pesetas para ir tirando una temporada.

EL COCHE SE DESLIZA, ENTRE VINEDOS, POR EL CAMINO de Grabels. Vamos hacia Murles en este día gris, de cielo cerrado, peligroso para la vendimia. Cerca de Murles, la familia Puig —o Puch—, de origen catalán, posee una masía —«Mas du Pujols»— dedicada al cultivo de la uva. Rosa Puig nos acompaña. Rosa dirige la pequeña economía campesina de la familia. En las viñas de Rosa vendimia ahora una «colla» española, una decena de obreros murcianos que han venido de Raal y de Bercia del Cementerio a ganarse el jornal durante uno de sus ciclos de paro forzoso. Rosa conserva pocos recuerdos españoles; en su memoria han quedado profundamente grabados otros recuerdos trágicos. Bajo este cielo ha vivido una guerra a la vez civil e internacional.

—Nosotros, como extranjeros, no nos metíamos en política, pero éramos pro-norteamericanos. Un día cayó cerca de aquí un avión ameri-

cano. A la noche, sus tripulantes, tres muchachas, llamaron a nuestra puerta. Los alemanes y los colaboracionistas de Vichy rondaban por el contorno. Teníamos miedo, pero les dimos alojamiento y los orientamos. ¿Qué ha sido de ellos? No lo sé.

Donato Casas, un obrero catalán, dirige la «colla». Montpellier queda lejos y el grupo vivirá aislado durante quince días, hasta que acabe su trabajo. La «colla» de los Puig está interiormente unida por un nexo familiar. Los apellidos son elocuentes: Isabel Manzanera —la más veterana—, Maruja García Nicolás, Josefa Martínez Nicolás, Amparo Lorente, Angelina y María del Rosario Zamora, y los hombres: José Antonio Zamora, Antonio Martínez Nicolás, Juan Larrosa Manzanera. Todos ellos se inclinan sobre las viñas de sol a sol, con dos horas de descanso a partir de las doce. Ellas, todas muy jóvenes, manejan con destreza el hocete. Larrosa y Zamora son portadores. Agotador oficio: cargan la uva cortada para conducirla al lagar.

—¿Cómo son sus contratos?

—Los cortadores ganamos 2,64 francos cada hora y dos litros de vino al día. Los portadores ganan más: 3,30 por hora y tres litros por jornada. Hay quien se bebe su ración de vino y

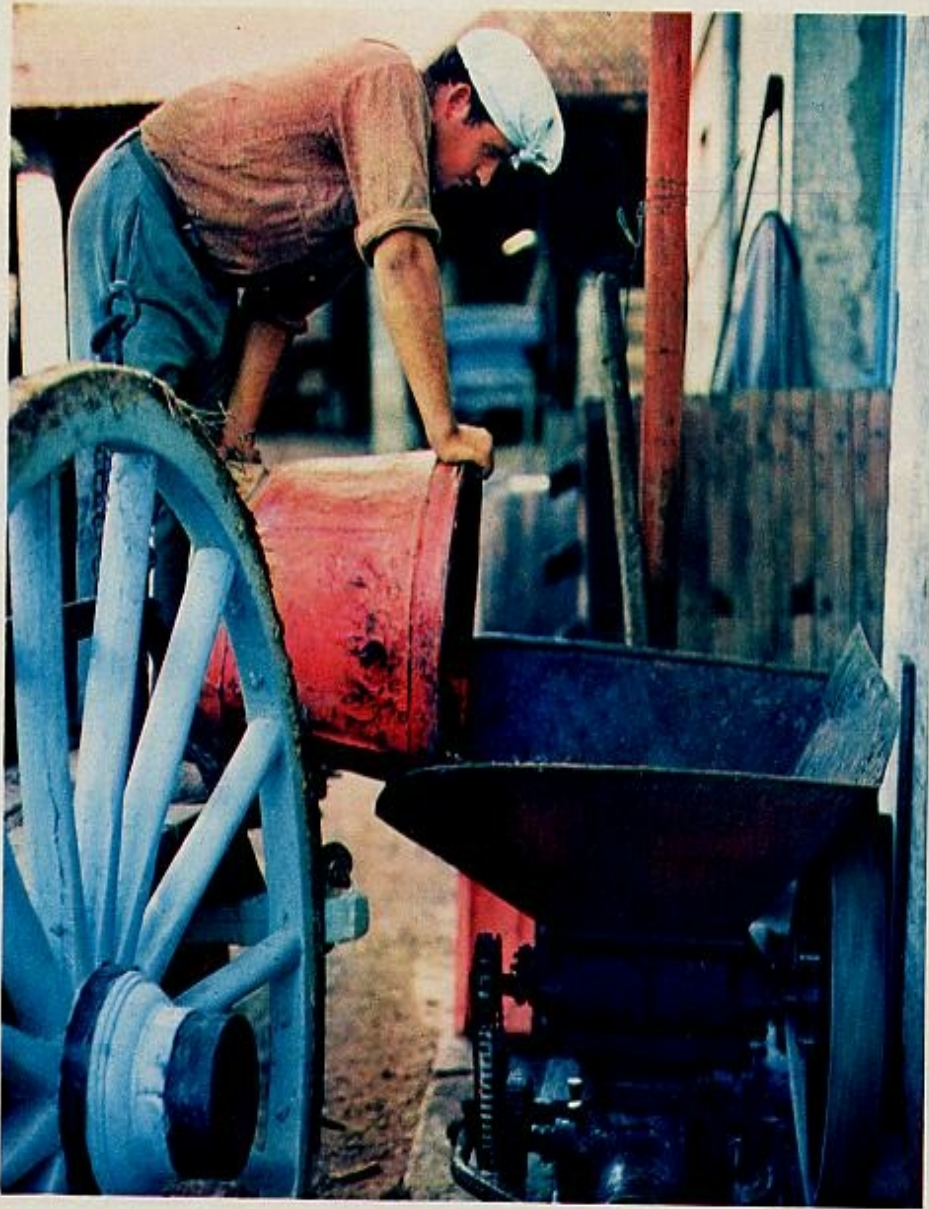
hay quien no lo prueba. En este último caso el patrón abona medio franco por litro.

En el 16 de la rue de la Republique de Montpellier, el inspector de Leyes Sociales vigila para que se cumplan en toda la comarca estas condiciones. También vela para que no se olviden intencionadamente otras: las horas extraordinarias deben pagarse con un aumento del 25 por 100, y el trabajo de noche —desde las diez a las cuatro de la mañana— con un 50. (Cabría preguntarse cuánto supone en divisas la totalidad de los salarios.) Obvio es afirmar que la reglamentación no se aplica a rajatabla. Hay patronos con suficiente habilidad para eludirla: especialmente los grandes propietarios.

En la masía de Rosa Puig el patetismo del trabajo desterrado, del salario sin patria, se diluye en la belleza de las muchachas y en la canción que vino de compañera desde Murcia: ellas, casi niñas todavía, entonan el «Toro enamorado de la luna» y las coplas flamencas, como un desahogo, como un alivio que hace la dura labor más llevadera.

A las doce se reúnen en torno a la gran mesa familiar. Humea el cocido español. Se intercambian recuerdos. Ellas comentan el próximo regreso a su fábrica murciana de conservas (82 pesetas de salario) y ellos la incorporación en España a las cosechas futuras: la na-

SIGUE



Vino amargo el cosechado en el Midi por brazos españoles. Encerrados entre las insalvables fronteras sociales e idiomáticas, fuera de la tierra propia, nuestros trabajadores hacen una vida marginal desintegrada.

No es más dura la tarea que en otras partes: no reside reglamentación de seguridad social aplicable a los ven





qui el drama. Hay que buscarlo en la aventura de los trenes sin horario, en la espera interminable, en la vía muerta de todas las estaciones, en la falta de una limpiadores, en el destierro periódico, sometido al compás del orden natural; en el signo adverso de un ambiente hostil o indiferente al trabajador español.

ranja y el limón en enero; luego, la alcachofa y el guisante; en mayo, el albaricoque; más tarde, el melocotón y el tomate, y por último el pimiento y el membrillo. Fumamos «celtas» —todo es de España aquí— y Antonio Martínez Nicolás relata su experiencia suiza, en Zurich; es un veterano de la emigración laboral, que conoce el frío de los andenes, la palabra que maltrata o desprecia y hay que aguantar sin un solo gesto de reproche, la espera inútil y las privaciones que impone el ahorro.

A la noche, vencida la jornada, se canta o se charla junto a la fuente o en la escalera, mientras se consume parte de la cotidiana ración de vino. Muy lejos del bullicio urbano, perdida sobre la tersa piel del Midí, la masía de los Puig vibra quedamente con acento español.

EMILIO DE PRADO, UN ESPAÑOL que profesa economía en la Universidad de Montpellier, ha realizado un estudio a fondo sobre la «migration saisonniere» de la vendimia. Su análisis sociológico, aún no publicado, nos da la imagen justa, científica, de una situación humana en la que están implicados ochenta mil compa-

(Pasa a la página 73)

SIGUE



EL SALARIO SIN PATRIA

(Viene de la pág. 43)

triotas. Por él sabemos que el ochenta por ciento de los vendimiadores proceden de Valencia y de Murcia. Una encuesta llevada a cabo entre 1.700 personas arroja como resultado que, de ellas, 1.150 son trabajadores activos en España. Predominan entre los emigrantes las edades de catorce a diecinueve años. Más del cuarenta por ciento de las mujeres tienen menos de veinte años. De 690 mujeres encuestadas, 543 tienen el proyecto de regresar en seguida a España, mientras que de 1.004 hombres se quedarán en el Languedoc, cuando la vendimia finalice, 577.

Emilio de Prado subraya muy bien el más grave fallo social de la situación del «saisonnier»: su condición de temporero le impide alcanzar el número de jornadas de trabajo indispensables en Francia para disfrutar de las leyes de seguridad social.

¿Qué se hace en favor de la situación social del vendimiador? El señor Abrisqueta reconoce que hasta el momento no ha habido demasiada preocupación. Parece que se celebrará próximamente una reunión de alto nivel entre las autoridades españolas y las francesas. El cónsul dice que hace lo que puede; sus medios son muy limitados. El padre Jiménez dice: «Lo mejor de los vendimiadores es su buen humor, mantenido por encima de tantas penalidades». Y añade: «No puede figurarse el proceso que tienen que seguir para llegar hasta aquí. Algunas agencias se aprovechan de su ignorancia y demoran la gestión del pasaporte para obtener propinas. Luego, a veces, viajan tres por asiento durante dos días, o de pie en la plataforma. Y cuando llegan a la frontera han de someterse al examen médico: si se les comprueba una hernia son tajantemente rechazados y han de regresar a su casa pagándose el viaje».

«TRENES EN LOS QUE SOMOS APRETUJADOS como mercancía, un contrato que exige maletas y maletas de comida para poder regresar con un pequeño ahorro, quince o veinte días de trabajo con un jornal muchas veces demasiado justo, con demasiados patronos que nos regatean nuestro sudor con el interés puesto en su vino...». Así se expresa «Nuestro Hogar», el boletín del establecimiento español en Beziers patrocinado por el obispo de Montpellier. Realmente, salvo el perfil humano, individual, de esta situación, poco hay que añadir.

Y el perfil humano, individual, es un perfil dramático, que se dibuja mercadamente en las horas decisivas de esta aventura del salario sin patria. He aquí, por ejemplo, cuando ya me dispongo a marchar en un expreso cómodo, a tres familias españolas en la sala de espera de Montpellier. Un letrero en castellano con sintaxis francesa y faltas de ortografía anuncia su tren; un tren de madrugada que seguramente se detendrá dos horas en Narbona y tal vez cuatro en la frontera. Sobre un nutrido equipaje de maletas de madera y cajas de galletas duermen cinco niños. Mujeres tocadas con pañuelo negro admiran la brillante exhibición del puesto de periódicos. Los hombres fuman, la mirada perdida.

Yo tomo mi tren con un hondo sentimiento de amargura ante la dispersión y el sufrimiento de tantos compatriotas perdidos en esta Europa indiferente, que ellos sostienen con su trabajo.

E. G. R.

(Fotos de GIGI CORBETTA)



El hombre espera, la mirada perdida. Un letrero escrito en castellano, con sintaxis francesa y faltas de ortografía, anuncia un tren de madrugada especial para los vendimiadores españoles que regresan.

